

De Todo Laberinto se Sale por Arriba Una Propuesta para Pensar y Pensarnos en América Latina

Francisco Crespo Quintero
Universidad de los Andes-Trujillo

*No esperes que el rigor de tu camino
que tercamente se bifurca en otro,
que tercamente se bifurca en otro,
tendrá fin*
(J. L. Borges)

Ver salir a Icaro y Dédalo del laberinto es una imagen que siempre me ha llamado poderosamente la atención. Me gusta hacerla visible en mi mente y recrear ese momento de extrema libertad, puesto que se trata de salir de la desesperante prisión y volar, dos hechos que ya separados son de por sí extremos y excitantes en lo que a la libertad se refiere. En ese juego muchas veces he continuado, y he imaginado que padre e hijo no viven el destino trágico de este último, sino que al contrario esperan el momento en el cual el Minotauro es encerrado en la cárcel que para él inocentemente construyó Dédalo (donde pagará un castigo por un pecado que no es suyo: ser un híbrido, un mestizo, producto de la pasión entre la resplandeciente Pasifae y un toro), y entonces lo rescatan. Visualicemos esa imagen: dos hombres alados tomando por los brazos a un robustísimo ser, mitad hombre, mitad toro, y volando con él por los aires. Una tríada impactante esa que vuela por los cielos de Creta, que también pueden ser los nuestros: Dédalo, el principio de la creatividad y el cálculo; Icaro, el principio de la audacia y la ambición; Asterión (para recordar a Borges, nuestro más cercano creador de laberintos), la confluencia en un ser de la pasión germinal y el pensamiento sensible.

Sirve todo este preámbulo para imaginar nuestro laberinto y la posibilidad de salir de él, pero cuidado, debe quedar del todo claro que la propuesta aquí es salir para visualizar el plano en su entramado y conocer galerías y puertas que conducen a su centro y de él irradian, no escapar. El laberinto nuestro no es una cárcel, al estilo del cretense, o al estilo de muchos de los construidos por Borges o Kafka (en el caso de este último se sale de él, se escapa por debajo, al mejor estilo de nuestras cárceles latinoamericanas, las escapatorias por arriba son propiedad de las películas del Primer Mundo). Sólo nos escapamos del laberinto-cárcel, del

laberinto-castigo; al contrario, del laberinto-casa no se huye, este laberinto se transita y ha de entenderse. Tomemos otro ejemplo que ramifica en un mismo árbol. Qué hace Guillermo de Baskerville para no perderse y morir en la biblioteca del castillo benedictino que nos inventa Umberto Eco en su libro **El Nombre de la Rosa**: usa la lógica para entender ese espacio intrincado, oscuro, desconocido; así como por su parte Jorge de Burgos, el bibliotecario ciego no necesita de la visión para conocer a plenitud y como nadie su biblioteca-casa. En ambos casos la visión de poco vale puesto que en un laberinto, cuando se está dentro de él, lo evidente muy poco o nada dice, en un laberinto cada espacio es idéntico a cualquier otro, cada pasillo, cada pared, por ello la guía no está en lo objetivo, la guía está en las presunciones, en el olor que augura cercanías o formas, en los cantos que de algún lugar vienen y nos hablan de emociones vividas o por vivir, en la memoria y los recuerdos que enlazan experiencias y van vistiéndolo el porvenir.

Así, la biblioteca que tanto protegía Jorge de Burgos (como las del también ciego Jorge Luis) no necesitan la luz. El bibliotecario medieval, nos dice Eco por boca de Adso, el novicio narrador, poseía una *mágica sensibilidad de vidente en las tinieblas*, sensibilidad facilitada porque su biblioteca, como toda biblioteca tiene un orden inalterable, rígido, inamovible. Entonces nos preguntamos, cómo hacer para que, no digamos esa en particular, pero sí alguna “mágica sensibilidad” nos permita el entendimiento de los laberintos vivos, de esos que como los remolinos están en constantemente movimiento y cambio, laberintos en los que tiempos y espacios se confunden en un carnaval de intercambios: aguas saladas y dulces, tristezas y alegrías, tradiciones y revoluciones, mitos y tecnologías, colores tenues y agresivos, la muerte como fiesta y las fiestas propiciadoras de muertes... aguas mansas pero no quietas.

Nuestra casa-laberinto es América Latina, una mansión de miles de pasillos y cuartos, patios internos, fuentes, sótanos, alacenas, escaleras rectas, curvas, en hexágonos. Sin duda la mejor metáfora para identificar nuestro sub-continente es el laberinto. Cómo pensar y pensarnos en esta trama es la pregunta; cómo entender la tierra de conflictos y armonías que es Latinoamérica, cómo entender la hechura que somos y lo que hacemos. Cómo vivir juntos en este espacio que es uno y múltiple, y cómo preservarlo para que siga siendo homogéneo y a la vez diverso.

Podemos decir que, el laberinto es una de las realidades en la que mayor interdependencia de las partes hay, tanto así que valdría preguntarnos si efectivamente podemos, refiriéndonos a él, hablar de partes en el sentido rígido del término. A excepción del cuarto de Gregorio Sansa, un cuarto solo nunca es un laberinto. En un laberinto, al transitar por alguno de sus pasillos no sabemos del contiguo, ni de otras estancias más adelante o más atrás, ni siquiera sabemos dónde está lo adelante y dónde lo atrás, menos aún dónde estamos nosotros, pero no podemos hablar de laberinto sin la sumatoria de esos espacios. La mirada horizontal siempre se topará con una pared, es por eso que desde dentro del laberinto la visión es poco efectiva. Teseo llegó al centro del laberinto y pudo salir de él gracias al hilo de Ariadna, que me parece a mí no era otra cosa sino el hilo del amor; pero Teseo no tenía ningún interés en el laberinto. Al contrario, Guillermo de Baskerville sí estaba profundamente interesado en la biblioteca, con infinito placer hubiera dedicado su vida a ella, pero se vio violentamente impelido a entenderla, para salvarse y para tratar de salvarla. Entender el laberinto latinoamericano pasa por tomar y readactar los recursos que utilizaron tanto Teseo como Guillermo. Como no se trata de irnos del laberinto, sino de vivirlo a plenitud con las tristezas y alegrías del Minotauro (tantas doncellas “devoradas” muchos cuentos... y marcas deben haber dejado), al hilo que salvó a Teseo le haremos nudos -los nudos del amor y el deseo- para escalar las paredes y lograr así una percepción desde arriba, una percepción que suma espacios y sensaciones. Una vez en esta posición y viendo el espacio cerrado que hemos dejado abajo, podemos decir como Guillermo: *Me comporté como un obstinado, siguiendo una apariencia de orden, cuando debía saber bien que no hay un orden en el universo*. Guillermo de Baskerville entendió la biblioteca porque se desprendió de la relación de causa-efecto, es decir: pasillo, cuarto, pasillo, la constreñida cadena causal, y comenzó a valorar los signos, las trazas, las casualidades. Es conveniente señalar la sintonía con lo que Maffesoli llama “saber dionisiaco”.

“Un saber capaz de integrar el caos, o al menos de concederle el lugar que le corresponde. Un saber que sepa, por muy paradójico que pudiera parecer, trazar la topografía de la incertidumbre y el azar, del desorden y de la efervescencia, de lo trágico y de lo no racional, de todas las cosas incontrolables, imprevisibles, pero no por ello menos humanas”. (Maffesoli, 1997:13- 14).

Así como el laberinto, la visión desde arriba aquí propuesta no es más que otra metáfora. La propuesta real es que a la cultura y al ser latinoamericano no podemos entenderlos si seguimos asumiendo sus partes como compartimentos estancos y no como entramado. Lo que pasa es que la trama no se ve desde dentro de ella, necesitamos las alas de Icaro, que no son más que la imaginación, necesitamos el hilo amoroso de Ariadna con el que valorar y eslabonar las emociones, necesitamos la doble cara de Hermes, que nos coloca en un presente agarrandonos del pasado y del futuro, y necesitamos, una vez más como Guillermo de Baskerville, en lugar de concebir un solo error para las cosas, imaginar muchos, así no nos haremos esclavos de ninguno de ellos.

Hay, desde perspectivas diferentes, dos interpretaciones que parecen coincidir en la complejidad de lo latinoamericano. Por una parte existe un acuerdo en que éste es un Continente soñado, pensado, deseado por el colonizador español antes de llegar a él, en consecuencia, como bien diría Octavio Paz, el capítulo de la historia de las utopías europeas no puede ser desechado. Por otra, y ya referido a realidades más cercanas en el tiempo, en el caso latinoamericano es prudente hablar de formas incompletas o fragmentadas de modernidad y modernización, a lo que podríamos llamar “desarrollo disparate”. Ambas posiciones apuntan a la conformación de una realidad que aún no concluye (una utopía no lograda, quizá muerta al nacer y una modernización inconclusa) digamos, un ser que no es todavía, lo cual lógicamente tiende a producir marcadas contradicciones en el hombre latinoamericano, puesto que pareciera estar a medio camino de cualquier cosa. Estas contradicciones son la manifestación de un ser heterogéneo que se debate en la búsqueda y negación de sus raíces, en el constante enfrentamiento de fuerzas de integración y disgregación, en una relación de identidad y rechazo con los modelos foráneos.

Estas contradicciones se extreman en su complejidad cuando asumimos que en América Latina hablar de modernidad y de modernización incompleta o irregular, es una constante corroborada por la idea de que en esta parte de la América, la heterogeneidad y la pluralidad de temporalidades históricas (y también de sistemas de significación) son una marca indeleble. A este punto habría que sumarle una idea muy discutida, sobre todo en relación a la realidad europea, respecto a la modernidad como mezcla cultural. Jean Starobinski, refiriéndose a la realidad europea dirá: *Lo que puede entenderse como específicamente moderno es d la yuxtaposición* (Montaldo, 1991:76).

Este planteamiento está en sintonía con lo que dijera Baudelaire: *Por modernidad entiendo lo efímero, lo fugitivo, lo contingente, la mitad del arte cuya otra mitad es eterna e inmutable* (Bravo,1994:13).

Esto nos conduce al planteamiento de otro elemento, mucho más espinoso, el de la idea de “identidad latinoamericana”. Digámoslo de entrada, o mejor dicho repitamos lo que ya ha sido suficientemente señalado, si de alguna identidad latinoamericana podríamos hablar ésta se definiría como “tejido intercultural”: nuestra trama, nuestro particular laberinto. Como dijera Matín Hopenhayn, ese tejido intercultural *es al mismo tiempo, nuestra forma de ser modernos y de resistir a la modernidad*,(p. 23) situación que se manifiesta, por una parte en nuestra “apertura cultural al intercambio”, y por otra en nuestra “manera sincrética” de incorporar la modernidad, que haría de nuestra identidad una “identidad sincrética”, es decir, basada en la heterogeneidad, lo cual implica fragmentación y diversidad (donde las relaciones de pertenencia no son del todo sólidas); una manera de resistir a la carga homogeneizadora de la modernidad (Cfr. Martín Hopenhayn. “Tribu y Metrópoli en la Postmodernidad Latinoamericana”. En Enfoques sobre Posmodernidad en América Latina. R. Follari, R. Lanz (comp)).

Cabría pensar que lo multicultural como definición se queda corto para América Latina. Multicultural, a secas, es Estados Unidos, y también algunos países europeos, pero las múltiples culturas que en esos países hay, y que se mantienen con sólidas especificidades, no están entremezcladas, no producen o producen muy escasas manifestaciones híbridas, por lo menos no tan acentuadamente (en cantidad y calidad) como en América Latina. Por otra parte, en Latinoamérica cada vez es menos clara la oposición abrupta entre lo tradicional y lo moderno, cada vez son más débiles los límites que definen lo culto, lo popular y lo masivo. Esta hibridez, este mestizaje, rico y vastísimo en Latinoamérica, tiene en consecuencia múltiples y variadas manifestaciones: las conformaciones familiares, todas las expresiones del arte, la culinaria, la moda, las organizaciones de la sociedad civil, las manifestaciones religiosas, las burocracias estatales. Cómo pensar estas “realidades inconclusas”, o mejor dicho, estas realidades en constante movilidad y desarrollo, realidades en conformación que parecieran no tener manifestación definitiva por cuanto la propensión a la mezcla está en su gestación y estructura. Entendernos desde una perspectiva propia pasa por la revaloración de lo particular, de lo regional, no propiciando una desagregación o

desarticulación de lo social, sino al contrario alentando el rescate de la diversidad y heterogeneidad histórica de nuestra realidad múltiple.

Para tender puentes entre las realidades que se separan, ya no podemos recurrir a la figura del Sujeto definido como servidor de Dios, la Razón o la Historia. Este Sujeto está dominado por la presencia del Yo, descubrimos que en él su unidad no es más que la proyección en el individuo de la unidad y la autoridad del sistema social. Es la socialización que hace triunfar el principio de realidad, “imponiendo al desorden de los deseos el orden de la ley”. El Yo se ha visto tallado, obligado a manifestarse entre la instrumentalidad y la identidad, es decir, entre la objetivación y las técnicas degradadas en puro mercado, y el universo de las identidades culturales, donde se encierra una obsesión comunitaria. Dirá Alain Touraine:

El Sujeto es el deseo del individuo de ser un actor. La subjetivación es el deseo de individuación, y ese proceso sólo puede desarrollarse si existe una interfaz suficiente entre el mundo de la instrumentalidad y el de la identidad. (...) Ese doble apartamiento del Sujeto, que se libera de la fuerza de los mercados o los imperios, por un lado, y de la clausura de las comunidades por el otro, es la condición necesaria para que se establezca la comunidad de Sujeto a Sujeto, la “comunidad ideal de comunicación” (Touraine, 1996:66)

Anterior a este planteamiento de Touraine, Wright Mills había adelantado una idea similar cuando decía que la primera tarea del científico social consistía en *poner en claro el malestar y la indiferencia contemporáneos* para que la vida individual cobrase sentido en el conjunto social.

El Sujeto del que nos habla Touraine (condición que aquí propongo para pensar y pensarnos en América Latina), se define en términos de la combinación, “interfaz” es el nombre que él utiliza, entre una actividad racional y una identidad cultural y personal. En este sentido, el Sujeto está en la encrucijada de principios generales y principios particulares de conducta. Esta posición permitirá al Sujeto caer en cuenta que la diferencia y la igualdad no sólo no son contradictorias, sino que además son inseparables la una de la otra F. Jameson dirá:

...cuando invocamos a la identidad terminamos invocando a la diferencia pero cuando invocamos la diferencia, también invocamos la identidad. Cuando hablamos de una identidad específica nos referimos a la diferencia de esa identidad con otras identidades y cuando estamos hablando de la diferencia estamos hablando de su especificidad que a la vez cobra una identidad en sí (Jameson, 1957:957-958).

Nuestra sociedad latinoamericana, ya lo hemos dicho, es un constructo en movimiento, tan vivo y cambiante, con tantas alternativas como el rock mestizo por ejemplo (que tiene una sus más interesantes expresiones a nivel mundial en América Latina, y su más pobre expresión latinoamericana en Venezuela); en una sociedad como esta el Sujeto emerge en el nivel de la experiencia individual, de las voluntades de cada uno de dar sentido a la vida, sin las constricciones propias de los sistemas culturales y sociales fuertemente constituidos que ahogan la imaginación y la creatividad.

Volviendo a las contradicciones, podemos decir que hay una aparente disgregación de los pueblos latinoamericanos que sin embargo no niega una unidad esencial que exige su protagonismo. Por debajo de la diversidad de culturas regionales, o en algún lugar de su entramado simbólico e histórico, esa unidad cultural nos recuerda que América Latina fue sometida a un mismo proceso civilizatorio, para utilizar la expresión de Darcy Ribeiro. La propuesta es salir del laberinto, encaramarnos en el borde de sus paredes para desde ahí verlo en su multiplicidad relacionante y así descubrir los códigos comunes en las manifestaciones diversas. Precisamente de lo que se trata es de luchar contra las fracturas, los nacionalismos, combinando en todos los niveles la unidad y la diversidad, el intercambio y la identidad, el presente y el pasado, como Hermes bifronte.

Todo lo que incrementa las distancias alienta aventuras autoritarias, la imposición de una única dirección y de una manera única de entender las realidades. De ahí que la labor del Sujeto que escala las paredes del laberinto, sea una labor relacionante, para lo cual debe proveerse de una multiplicidad de herramientas. Cómo entender lo múltiple si no desde una consciencia múltiple. En este momento la brecha teórica más significativa se vincula a la llamada crisis de los paradigmas, que podría resumirse en la falta de certezas respecto a las sociedades, no sólo a su futuro sino también a su presente, por cuanto nunca como ahora los cambios en la sociedad se

presentaron tan aceleradamente. Precisamente uno de los retos principales de las ciencias sociales desde sus inicios, ha sido comprender el cambio social, por lo que éste podría ser el momento más exigente para las ciencias sociales; un tiempo de adelantos tecnológicos, de insalvable y por momentos necesaria influencia de los medios masivos de comunicación, la preponderancia del mercado como elemento definitorio de las relaciones sociales, la aparición de nuevas significaciones, nuevos rituales, nuevos actores, nuevas valoraciones, o mejor dicho, múltiples e incesantes desvaloraciones. La realidad que define a lo contemporáneo y que da serias muestras de ser la que identifique los tiempos por venir, está signada por la falta de equilibrio, por una propensión al caos del que saldrán nuevos órdenes. En consecuencia las interpretaciones de la realidad no pueden buscar la simplicidad sino la explicación de la complejidad.

De lo que se trata es de reflexionar sobre el carácter heterogéneo del subcontinente, en el cual lo tradicional y lo moderno se mezclan, como una historia crítica de las contradicciones de la modernidad. Se nos presenta un amplísimo campo de problemas en el que está mezclado lo étnico, lo estético, lo urbano, los mitos, las tecnologías. La subjetividad debe servir para fracturar los férreos compartimentos del conocimiento y posibilitar el entendimiento entre ellos. La manera de reflexionar tendrá necesariamente que atravesar las disciplinas y tomar en una sola visión lo que cada una de ellas pueda aportar. Las fronteras siempre han sido arbitrarias y las esferas profesionales han tendido a superponerse, lo cual obliga a los especialistas a recurrir a los conceptos, aportes y métodos de las disciplinas hermanas. La llamada transdisciplinariedad es así, más que un accidente, una necesidad de la investigación social. Además, si América Latina es el producto de un encuentro de culturas, dramático y salvaje en muchos casos, armónico y amoroso en algunos otros, por qué entonces no mantener ese estímulo, la gracia del encuentro, además que “encuentro”, “encontrar” son palabras hermosas, en su sonoridad y en su significado: buscar, es decir, esfuerzo, pero también sorpresa, albur, premio, magia.

El visor que ha volado por encima del laberinto debe ser como el artista nómada del que habla García Canclini, que ha cruzado lenguas, etnias, geografías y modos de producción cultural, y que además tendrá la capacidad de reelaborar con una mirada múltiple nuestros orígenes y nuestro presente. Es, siguiendo a Canclini, el “artista fronterizo” (un intérprete creativo) en el que confluyen lo que él llama “lógicas múltiples”. En este sentido la mejor frontera del laberinto está arriba; digamos que es

la frontera desde la cual es posible eliminar todas las fronteras.

En el laberinto que es América Latina, no hay un hombre con cabeza de toro, o al revés como quería Dante, hay alebrijes, que somos todos, seres múltiples nunca vistos, pero que existen (en la más palpable existencia de los sueños, quizá diría Borges en alguna página que nunca le hemos leído... pero que existe). Que sea el mundo de adentro el que nos de pistas para entendernos; afuera están los límites, las distancias, la piedra grande que de puro verla asusta. Por eso bien vale que repitamos lo que nos dice el cantante...

Yo creo en muchas cosas que no he visto/ y ustedes también, lo sé./ No se puede negar la existencia de algo palpado/ por más etéreo que sea/ no hace falta exhibir una prueba de decencia de aquello que es tan verdadero / el único gesto es creer o no/ algunas veces hasta creer llorando. Se trata de un tema incompleto porque le falta respuesta,/ respuesta que algunos de Ustedes quizá le pueda dar. (Willie Colón)

Bibliografía:

- BRAVO, Victor (1994): "Introducción: el debate de la modernidad" en **Actual**. n° 28. Dirección General de Cultura de la Universidad de los Andes, Mérida.
- JAMESON, Frederic (1996): "Acerca de identidades, globalidades y fragmentos: Una conversación con Frederic Jameson". **Revista Iberoamericana**. N°176-177, Julio-Diciembre. Pittsburg University
- MAFFESOLLI, Michel (1997): **Elogio de la razón sensible. Una visión intuitiva del mundo contemporáneo**. Paidós, Barcelona.
- MONTALDO, Graciela (1991): "Estrategias del fin de Siglo" en **Nueva Sociedad**. n° 116, Noviembre-Diciembre, Caracas.
- TOURAINÉ, Alain (1998): **¿Podremos vivir juntos?**. F.C.E., Buenos Aires.